

La moneda que quería crecer



Alex, Buddy y diez pequeñas monedas

Fun Pilsner

Descarga y lectura gratuitas. Esta edición no concede una licencia abierta ni permiso de reventa. Autor: Fun Pilsner.

Traducción con IA, pendiente de revisión. Escucha la narración o propone correcciones en onecointale.com/read/es/. El vuelo es imaginado.

Alex había recibido un regalo: diez monedas.

Las puso en fila sobre el borde de la ventana.

Buddy dejó una pelota a su lado.

Ahora Alex tenía diez monedas y una invitación muy insistente para salir.





Un dragón rojo flotaba en la vitrina de la tienda.

Parecía casi de verdad. Solo que estaba hecho de papel y tenía un hilo para sujetarlo.

La etiqueta del precio decía: DIEZ MONEDAS.

Alex se llevó la mano al bolsillo.

«¡Podría comprarlo ahora mismo!»

«¿Te gustaría guardar algunas para después?», preguntó la abuela.

«Entonces no me alcanzaría para el dragón», dijo Alex.

En la parte baja de la vitrina giraba un pequeño molinillo de viento.

El dragón colgaba sin moverse.

El molinillo ya había encontrado un poco de viento.





Alex sopló el molinillo.

¡Frrrrr!

Buddy estornudó.

El molinillo giró todavía más rápido.

Alex soltó una carcajada.

«Llevemos este. ¡Creo que funciona con perro!»

El molinillo costaba dos monedas.

Dos se quedaron con quien atendía la tienda.

Ocho se quedaron con Alex.

Y durante todo el camino a casa, Alex y Buddy
tuvieron un poquito de viento solo para ellos.

A veces, las monedas pueden alegrarnos el día.





En casa, Alex guardó tres monedas en una bolsa azul.

«Para el dragón grande. Algún día».

Dibujó un dragón en la etiqueta y tiró del cordón para cerrar la bolsa.

Esas monedas eran sus ahorros: dinero que guardaba ahora para usar después.

Quedaban cinco monedas sobre la mesa.

«¿Guardo estas también?»

«Podrías hacerlo», dijo la abuela. «O podríamos averiguar qué significa poner dinero en un negocio. Eso se llama invertir».

Alex miró las monedas.

«¿Qué clase de negocio?»





Detrás de un portón verde, sus vecinos cultivaban plantitas para vender.

Olía a tierra, a madera mojada por la lluvia y a primavera.

«Necesitamos bandejas nuevas y semillas», les dijo la dueña.

Buddy metió la nariz en una maceta vacía.

La maceta estornudó.

Alex sacó una moneda.

«¿Entonces la planto?»

Estiró la mano para tomar una palita.

Buddy movió la cola.

Enterrar tesoros en la tierra... Eso sí que tenía sentido.





«No», dijo la abuela, sonriendo. «Una moneda no crece en la tierra».

«Las personas usan el dinero para comprar semillas, bandejas y herramientas. Después trabajan mucho para cultivar plantas que otras personas quieran comprar».

«¿Entonces lo que crece es el negocio?»

«Esa es la idea».

La dueña les mostró el vivero.

«Podrías comprar una pequeña parte de nuestro negocio. Así serías uno de sus dueños».

«¿Esa flor sería mía?»

«Una parte de todo el negocio», explicó la abuela. «No una maceta en particular».





«¿Y yo recibiría dinero?», preguntó Alex.

«Tal vez. Primero, el negocio tiene que pagar sus gastos. Si después sobra dinero, eso se llama ganancia. Los dueños pueden decidir repartirla».

«¿Aunque mi parte del negocio sea pequeña?»

«Entonces tu parte de la ganancia también sería pequeña».

«¿Y si nadie compra las flores?»

«El negocio podría perder dinero. Y tú podrías perder una parte del dinero que pusiste. O todo».

Alex se quedó callado un momento.

«Entonces las monedas de mi bolsa azul se quedan fuera de esto. Las necesito para el dragón».





Con ayuda de la abuela, Alex invirtió tres monedas en el vivero.

Anotaron su pequeña parte del negocio en un cuaderno.

Esas tres monedas ya no estaban en su bolsillo. Ahora estaban en el negocio.

Le quedaban dos monedas en la palma de la mano.

Y otras tres seguían guardadas en la bolsa azul.

Al lado había un taller de reparación de bicicletas.

¡Ring!, sonó un timbre.

Allí necesitaban herramientas en vez de semillas.

Alex y la abuela le preguntaron al mecánico por su trabajo y por los gastos del taller.

Alex decidió usar sus últimas dos monedas para comprar una pequeña parte de ese negocio también.





«Ahora no todo depende de las flores», dijo Alex.

«Así es. A un negocio le puede ir bien mientras a otro no. Pero el taller también podría perder dinero», dijo la abuela.

Alex dibujó una flor en una tarjeta y una rueda en otra. Buddy no le quitaba el ojo a la rueda.

A la mañana siguiente, Alex corrió al vivero con una regla.

Después, con una regadera.

Después, con una canción rapidísima sobre flores rapidísimas.

Las flores escucharon.

Y siguieron creciendo a su propio ritmo.





«¡Pero ya es mañana!», dijo Alex al día siguiente.

La abuela le mostró el calendario.

Una página había dado paso a la siguiente. Pero un nuevo día no traía nuevos clientes por sí solo.

Alex pasó otra página.

Por si acaso.

Buddy trajo su pelota.

Alex miraba las plantitas.

Buddy puso la pelota sobre el zapato de Alex.

Alex revisó el cuaderno.

Entonces Buddy se acostó atravesado en el camino.

Alguien en ese jardín no estaba esperando dinero.

Estaba esperando a Alex.





Una noche llegó una helada inesperada.

Por la mañana, algunas de las plantitas se habían marchitado.

La dueña levantó sus hojitas con cuidado. Pero algunas plantas ya no podían salvarse.

Alex dejó de dar vueltas a la regla entre las manos.

El jardín estaba muy callado.

«No vamos a poder vender estas plantas», dijo la dueña.

El dinero de sus semillas y bandejas ya se había gastado. El vivero no había recibido suficiente dinero para cubrir todos esos costos.

El negocio había perdido dinero. La pequeña parte de Alex también valía menos ahora.

De pronto, deseó volver a ver sus tres monedas.





«¿Fue porque yo quería que todo fuera más rápido?»

«No», dijo la abuela. «Tú no causaste la helada. Hasta un buen negocio puede tener problemas».

«Si espero más tiempo, ¿volverá todo mi dinero?»

La abuela lo abrazó.

«Tal vez. Pero nadie puede prometerlo».

En casa, Alex abrió la bolsa azul.

Una. Dos. Tres.

Las monedas que había ahorrado seguían allí. No las había invertido en el vivero.

Había puesto dos monedas en el taller: un negocio completamente distinto.

Alex volvió a cerrar la bolsa.





Al día siguiente, Alex volvió a tomar la regla.

Se quedó junto a la puerta.

Después la dejó en su sitio.

«Vamos, Buddy. Puedo ver cómo va todo más tarde».

Corrieron hasta el río.

El molinillo giraba tan rápido que parecía que, por fin, tenía sus propios planes.

Los charcos de primavera se secaron.

Las sandalias dieron paso a las botas.

A Alex le quedó pequeña una chaqueta.

Buddy no dejó atrás ni una sola de sus costumbres.

Durante todo ese tiempo, las personas siguieron trabajando en el vivero y en el taller.

Algunos días iban bien. Otros, no.





Un día, después de pagar todos sus gastos, el taller había obtenido una ganancia.

Los dueños decidieron repartir una parte.
Alex también recibió un poquito.

«¿Por esperar?»

«Por ser dueño de una parte del negocio», explicó la abuela. «Las personas trabajaron mucho y, esta vez, el negocio ganó dinero».

El vivero todavía no se había recuperado de sus pérdidas.

Alex todavía no había comprado el gran dragón de papel.

Pero ahora sabía que había más de una manera de dejar dinero para el futuro.

Una parte se quedaba en una bolsa.

Otra iba a un negocio, donde nadie sabía con seguridad qué pasaría después.





Vuelo imaginado - boceto de la escena

Buddy le dio un suave empujoncito en la mano a Alex.

Alex dejó el cuaderno a un lado.

Y si algún día...

Se imaginó que el dragón rojo de papel bajaba su ancho lomo para invitarlos a subir. Después se elevaron suavemente sobre los techos. Las orejas de Buddy ondeaban como banderas.

Abajo, la jardinera cuidaba las plantitas que habían sobrevivido. El mecánico reparaba una bicicleta. Las cinco monedas de Alex habían ayudado a comprar semillas y herramientas.

Buddy volvió a empujarle la mano. Alex parpadeó.

Tomó su molinillo.

¡Frrrrr!

Buddy estornudó.

Y se fueron, juntos.

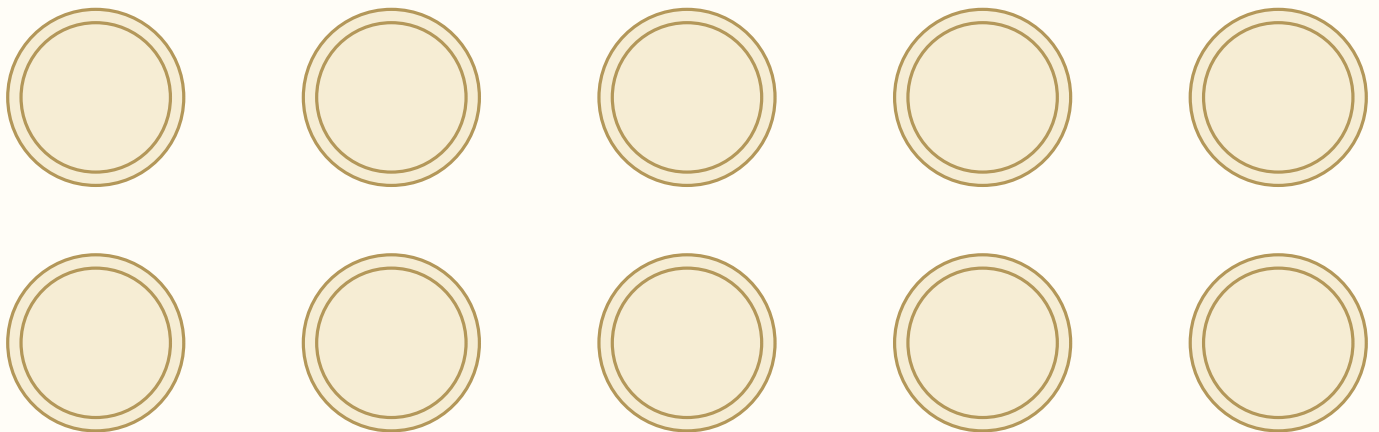
Algunas cosas buenas no tenían que esperar.

Tus diez monedas de juego

Imagina que estas diez monedas son tuyas.

¿Cuáles gastarías ahora? ¿Cuáles ahorrarías? ¿Invertirías alguna en un negocio con ayuda de una persona adulta? Si es así, ¿cuáles?

Busca diez botones o dibuja diez monedas. Haz tu propio plan.



Tus diez monedas de juego

Reparte tus diez monedas de juego en tres espacios: Gastar, Ahorrar e Invertir. Puedes dejar vacío cualquiera de los espacios.

No tienes que elegir lo mismo que Alex.

¿Para qué quieres tu dinero? ¿Cuánto tiempo estarías dispuesto a esperar? ¿Qué cambiaría si no recuperaras el dinero que invertiste?

Cuéntale tu plan a una persona adulta.

```
graph TD; A[¿Gastar?] -- Sí --> B[¡Gastar!]; A -- No --> C[¿Ahorrar?]; C -- Sí --> D[¡Ahorrar!]; C -- No --> E[¿Invertir?]; E -- Sí --> F[¡Invertir!]; E -- No --> G[Existe el riesgo de perder dinero.];
```

Diagrama de flujo de decisión:

- ¿Gastar?
 - Sí → ¡Gastar!
 - No → ¿Ahorrar?
- ¿Ahorrar?
 - Sí → ¡Ahorrar!
 - No → ¿Invertir?
- ¿Invertir?
 - Sí → ¡Invertir!
 - No → Existe el riesgo de perder dinero.

Dibuja o coloca tus propias monedas de juego. Puedes dejar vacío cualquiera de los espacios.

Para la persona adulta que te acompaña

Esta historia es una invitación a conversar, no un consejo sobre dónde invertir. Aquí se simplifica a propósito la compra de participaciones en pequeños negocios. Las monedas son unidades imaginarias, y las decisiones de Alex no son un modelo para repartir el dinero de una familia.

Ahorrar e invertir son cosas distintas. El dinero guardado en una bolsa no crece por sí solo. Tener una participación significa ser dueño de una parte del negocio; no da derecho a llevarse una flor, una herramienta o dinero de la caja.

Las ventas no son lo mismo que la ganancia: un negocio tiene gastos que pagar. Los dueños pueden dejar las ganancias en el negocio o repartir una parte entre sus propietarios. También puede no haber ningún pago. El dinero que Alex recibe en esta historia no es la devolución de su inversión inicial.

Una inversión puede perder una parte o la totalidad del dinero invertido. Tener distintas inversiones puede reducir la dependencia de un solo negocio, pero no elimina el riesgo. Los dos negocios de la historia ofrecen apenas una primera idea de esto. El paso del tiempo no garantiza que una inversión crezca ni que se recupere de una pérdida.

Pregunten: «¿Por qué una moneda no brota en la tierra? ¿En qué se diferencia tener una parte de un negocio de comprar una flor? ¿Por qué Alex conservó su bolsa azul?». Eviten calificar de «inteligentes» o «tontas» las decisiones de un niño sobre sus monedas de juego.

Los niños no son responsables de los ingresos de su familia y no tienen que invertir. Cualquier decisión real sobre el dinero de un niño necesita la participación de una persona adulta responsable.